

## Presentación

“La pensée est la clef de tous les trésors”  
Balzac, *La peau de chagrin*

Trazar continuidades a través de la historia del arte resulta una tarea harto difícil cuando la tónica dominante de nuestros estudios es la de la clasificación, semántica o morfológica, de los objetos en compartimentos estancos. Esa obsesión por el orden y la descripción ha desembocado en a lo que J. A. Ramírez denomina “el gran inventario de la historia del arte”, en el que las obras se sitúan en un marco espacial y temporal concreto y reciben una etiqueta. Ese gran museo imaginario, necesario e ineludible en la investigación histórico-artística, no debe constituir, sin embargo, el único objetivo posible de nuestra labor como historiadores, en la que debemos también saber establecer un diálogo enriquecedor con el tiempo. No olvidemos que los objetos que nosotros o nuestros antepasados consagraron como artísticos se integraron siempre en un sistema social de valores sujeto a las más diversas funciones y utilidades. Recuperar esa visión antropológica del arte, atisbada por A. Warburg y reclamada recientemente por H. Belting, supone cambiar el argumento de la narración habitual y adentrarse en un espacio en el que se diluyen las fronteras entre las distintas disciplinas humanísticas y sociales.

No olvidemos que los objetos constituyen por antonomasia la *forma del tiempo*, en ocasiones, los únicos testimonios de un lejano pasado mudo, sin apenas testimonios escritos directos, a los que es necesario formular preguntas y respuestas convincentes. De ahí la necesidad de recurrir a campos tan dispares como la psicología, la lingüística o la religión para recomponer el estatuto ontológico de la imagen e intuir así el lugar que ésta ocupaba en el sistema de comunicación de una sociedad.

Proponer una historia de lo profano y lo pagano en el arte gallego resulta una empresa más que arriesgada. Los modelos historiográficos a los que podíamos recurrir resultaban, sin duda, demasiado alejados de nuestra realidad, demasiado condicionada por la inexistencia de una tradición histórico-cultural fuertemente enraizada en la textualidad o en instituciones cívicas. De hecho, el tema más sugerente para tratar habría sido el de la pervivencia de la Antigüedad, siguiendo la paradigmática propuesta de S. Settis en su *Memoria dell'antico* en la historia del arte italiano, editada por Einaudi. En ella, la presencia, continuidad y reinterpretación del legado clásico en Italia permitían elaborar una razonada casuística de una sólida tradición cultural y artística. En nuestro

caso, las discontinuidades, los ocultamientos, los vacíos e incluso los disfraces del proceso, impedían una narración de este género. Tampoco era posible centrarse en el análisis de la evolución de un corpus temático mítico coherente, a la manera de F. Saxl o J. Seznec, debido a las fracturas históricas, a la falta de una comitencia adecuada y a la situación fundamentalmente periférica de nuestro arte.

No obstante, la senda de lo pagano y de lo profano en Galicia nos ha llevado a redescubrir un inmenso campo de trabajo sobre el imaginario, acorde con uno de los tópicos más comunes sobre nuestra tierra. Considerando que *pro-fanum* implica la situación fuera del recinto sacro y que *paganus*, en origen, significa campesino, una historia de ambos suponía volver sobre el argumento de uno de los pocos textos que describen ese mundo inmemorial de la antigua *Gallaecia*: el sermón contra las supersticiones rústicas de Martín de Braga (s. VI). Su sincrético trasfondo céltico y romanizado y su consecuente proyección en el emergente cristianismo marcan sin duda un camino para entender algunos fenómenos de continuidad y contaminación de tradiciones figurativas.

Resultaba sugerente asimismo intentar un estado de la cuestión en algunos temas, contar con el espacio y el interés para revisar y abordar desde nuevos puntos de vista cuestiones ya esbozadas o incipientes que no se habían tratado con detenimiento. De esta manera se aumentaba interés a la empresa de hacer aflorar las marginalidades, de resaltar lo menor y de disertar sobre lo descartado, lo minimizado o incluso lo inusitado. Este intento de recabar cuanto fuera posible, tuviera interés y aportara un punto de vista, se extendió también a la recopilación bibliográfica -una labor enorme realizada por R. Rodríguez Porto y C. Pena Buján- que tiene la ambición de ser una puesta al día de lo escrito sobre el tema, considerando de alguna manera digno de ser incluido todo lo que no implique directamente imagen o arquitectura religiosa cristiana. Se presenta agrupada en bloques temporales demasiado obvios, pero con un cierto intento de clasificación temática, que facilite la consulta y contribuya a constituir espacios diferentes, por más que las divisiones resulten, de nuevo, demasiado generales.

Afortunadamente, un nutrido grupo de investigadores, en su mayoría perteneciente a la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Santiago, quiso sumarse a la iniciativa en una muestra de interdisciplinaridad que aunó a prehistoriadores, arqueólogos, helenistas, historiadores de la antigüedad e historiadores del arte. Los títulos de los trabajos son suficientemente elocuentes sobre las posibilidades de la semiología de los espacios y de las imágenes, en los que los valores apotropaicos, rituales, carnavalescos, escatológicos, eruditos, festivos o simplemente de decoro conviven en un diálogo intertextual. En los numerosos trabajos se han tratado los fenómenos artísticos “profanos” y “paganos” más peculiares de Galicia a través del tiempo.

Agrupados en cuatro apartados, como cuatro territorios delimitados por el tiempo y la idea, las diecisiete contribuciones abordan, desde la prehistoria al siglo XX y desde la intemporalidad de la cultura popular hasta la rabiosa actualidad de la publicidad o el cine más reciente. La imagen apotropaica en el megalitismo (A. A. Rodríguez Casal), en los amuletos romanos (E. Rey Seara) o en el arte popular (J. M. Vázquez Varela) y la rica imaginería del mundo castreño con sus petroglifos, podomorfos, cabezas e ídolos fálicos (M. Santos y M. V. García Quintela), indagan en el difícil mundo de la imagen que precede al texto o que lo ignora. El uso del repertorio mítico y ornamental del mundo

clásico (F. Díez Platas, M. Guàrdia, P. Díez del Corral) y la proyección historiográfica de sus héroes (J.C. Bermejo, J. González) exploran la vida y el interés de la imaginación del mito en su doble sentido. La génesis y reinterpretación de la imagen profana en el mundo románico a través de la decoración marginal (M. Castiñeiras), la resignificación del mito (V. Nodar) o el esquema cosmológico (Carolina Casal) precede a la afirmación de una cultura artística caballeresca perfectamente codificada en el la Baja Edad Media (D. Barral, M. Cendón). A ello se suman fenómenos propios del mundo moderno, cuales son las cuestiones sobre el decoro en el uso de un repertorio clásico en arquitectura (C. Pena Buján) o la exégesis de la naturaleza en el XVIII (F. López Silvestre). Por último, el arte del siglo XX ha traído como consecuencia la definitiva profanación del arte, con la obsesión por el cuerpo en la publicidad (M. García Filgueira), la pérdida del aura de las Bellas Artes (Manuel Segade) o la secularización extrema de un fenómeno tan ligado a la espiritualidad medieval como el Camino de Santiago (J. M<sup>a</sup> Folgar, Rita).

A todos ellos queremos darles nuestras más expresivas gracias por habernos ayudado a hacerlo realidad y, de una manera especial, al director de la revista *Semata*, José Carlos Bermejo, por darnos la oportunidad de emprender este camino.

Manuel A. Castiñeiras González  
Fátima Díez Platas